

## REGLAS DE DISCERNIMIENTO – PRIMERA SEMANA [313] [317]

### Plática – 2024

#### SEGUNDA PARTE

Nos ponemos en presencia del Señor.

Ven Espíritu Santo...

Ave María...

San Ignacio de Loyola, ruega por nosotros.

Me acompañan, para esta Plática, una reliquia de San Ignacio, Patrono y creador de los Ejercicios y, también, de San Luis Gonzaga, San Juan Berchmans y San Estanislao de Kostka. Tenemos varios santos jesuitas acompañándonos para darnos inspiración.

Vamos a hablar de la Segunda Parte de las Reglas de Discernimiento de Espíritus que San Ignacio trae para la Primera Semana de Ejercicios. Recordemos un poquito lo que ya dijimos en la primera parte:

San Ignacio empieza describiendo el modo en que el buen y el mal espíritu se mueven con las almas.

Cuando un alma está yendo de pecado mortal en pecado mortal es el rol del demonio, del mal espíritu, darle ánimo para que siga en la misma dirección, con placeres aparentes, con la imaginación; y el Señor quiere poner obstáculos con el remordimiento. En ese caso, el remordimiento es una cosa muy útil.

Cuando el alma va creciendo, los roles son opuestos. Cuando el alma va creciendo, el Señor la alienta y el demonio la desalienta. Es muy importante esperar ese desaliento cuando uno está haciendo el bien. Mientras más bien uno hace el demonio más se enoja con la persona y más trabajo va a hacer para detenernos. Entonces, no hay que aflojarle en ese momento.

Y, después, explicamos qué es la consolación: esa paz interior, ese aumento de las virtudes teologales, esa visión más sobrenatural de la realidad que el Señor nos regala con Su Gracia y que nosotros no podemos provocar de ningún modo.

#### Desolación espiritual

[317] 4ª regla. La cuarta de desolación espiritual: llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones moviendo a infidencia<sup>1</sup>, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia triste y como separada de su Criador y

---

<sup>1</sup> falta de fe.

Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación.

Es muy importante entender esta realidad de la vida del espíritu que es la desolación, porque nos puede confundir muchísimo. Es como cuando uno se encuentra así como San Ignacio describe, y empieza a preguntarse “¿por qué?”, “¿qué estoy haciendo mal?”, “¿qué me está pasando?”.

En general el buen espíritu produce en nosotros la consolación, el malo la desolación. **San Ignacio nos la describe**, como quien la tiene bien experimentada, y describe **lo que ha sentido por sí mismo**:

«Acabada la misa, y después, en cámara, hallándome todo desierto de socorro alguno, sin poder tener gusto alguno de los mediadores ni de las personas divinas, mas tanto remoto y tanto separado como si nunca hubiese sentido cosa suya o nunca hubiese de sentir adelante, antes viniéndome pensamientos, cuándo contra Jesús, cuándo contra otro, hallándome así confuso con varios pensamientos cuándo de irme de casa y tomar una cámara locanda por evitar rumores, cuándo querer estar sin comer, cuándo comenzar de nuevo misas, cuándo hacer el altar arriba y en ninguna parte hallando requien (hallando descanso), con un deseo de dar fin en tiempo de ánimo consolado y satisfecho en todo».

San Ignacio lo escribe en castellano antiguo, pero es claro lo que el Santo estaba sufriendo. Llama la atención eso que dice: “**pensamientos, contra Jesús**”, como si nunca lo hubiese conocido. Eso es un fruto particular de la desolación. La desolación es oscuridad; así como la consolación es luz y es ánimo la desolación es oscuridad y desánimo. Es perder el norte, no saber para dónde vamos; como un sinsentido de toda la vida interior, al punto de estar tentado de pensar en contra de las cosas santas, incluso el movimiento hacia las cosas terrenales y bajas.

También lo experimentó San Bernardo y se lamentaba diciendo: «¿Dónde están la tranquilidad del alma y el gozo del Espíritu Santo? Por eso soy perezoso para el trabajo manual, soñoliento para las vigias, pronto a la ira, tenaz en el odio, indulgente con la lengua y la gula, tardo y obtuso para la predicación. ¡Ay, visita el Señor todos los montes del rededor y no se acerca a mí!»<sup>2</sup>.

La desolación tiene efectos opuestos a los que antes señalamos para la consolación, y son: **tristeza del alma, desaliento y falta de fuerzas para obrar el bien, inquietud e inconstancia en la voluntad y en la mente**. Pero es crisol que purifica el oro de la caridad cuando el alma sabe llevarla debidamente.

Entonces pensamientos contra la fe, pensamientos contra Dios, confusión, oscuridad: eso es la desolación. En la vida de los grandes Santos es muy común ver eso. No podemos asombrarnos si cada tanto el Señor nos visita con un poco de desolación. Lo primero es entender este movimiento interior y aceptar como algo posible y no pecaminoso; no es algo contrario a Dios, porque el Señor es el Gobernador de todo y

---

<sup>2</sup> Serm. 54 in Cant. ML. 183, 1.042.

nada pasa sin que Él lo permita. Incluso, cuando estamos desolados tenemos que ver que está buscando algo bueno para nosotros.

Vamos a la Quinta Regla, la regla de oro. Si hay algo que nos tiene que quedar de las reglas, yo diría que es ésta. Diría que hay dos conceptos que son fundamentales:

El primer concepto que me gustaría que les quede, es que las vías del espíritu no son fáciles, y que no es que yo puedo con tres minutos de pensamiento saber de dónde vienen las mociones de mi alma. Con que uno se dé cuenta con humildad que necesita ayuda, que necesita tiempo, que necesita consejo, eso es una cosa fundamental que me gustaría que saquen de estas reglas.

Y la segunda, es ésta, la Quinta, la regla de oro:

**[318] 5ª regla.** La quinta: en tiempo de desolación nunca hacer mudanza mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consexos no podemos tomar camino para acertar.

Entonces: **nunca cambiar de propósitos en tiempo de desolación:** es la regla de oro. Nunca hacer mudanza, nunca cambiar en tiempo de desolación. Cuando hay un momento de gran crisis y de desentendimiento, ese no es el momento para tomar una determinación definitiva. Hay que esperar que vuelva la calma.

¡Con qué claridad se suelen ver las cosas en los días de Ejercicios! ¡Pero cómo se nublan y oscurecen en no pocas ocasiones de la vida, cuando se interponen, a modo de pantallas, entre Dios y el alma, las creaturas y le roban su vista; y cómo nos turba la pasión y nos nubla la inteligencia y nos hace ver las cosas de modo diametralmente opuesto al que, en horas de calma y consolación, nos parecía el único apropiado para nuestra santificación!

¡Alerta!, nos dice San Ignacio, piensa qué es lo que procede, ¿si seguir como pauta lo que ahora se te antoja, cuando te agita el mal espíritu, o por el contrario, **permanecer constante en lo que, inspirado por el bueno, viste te estaba bien?** La decisión no es dudosa y nos la da esta preciosa regla de San Ignacio. Regla capitalísima, cuyo cumplimiento y constante guarda ha formado los santos, mientras que su infracción ha poblado el infierno y, en grado menor, **lleva a muchos a renunciar a la perfección que Dios quisiera de ellos.** Y da la razón: en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu; en la desolación, el malo.

**San Ignacio no afirma a secas que en la consolación nos guía el buen espíritu,** por lo que después nos dirá en las segundas reglas, que el ángel malo se transfigura a veces y procura «**Entrar con el ánimo devota y salir consigo**» (regla 4ª, Segunda Semana), y por lo que indica en la octava, del tiempo siguiente a la consolación<sup>3</sup>.

**[319] 6ª regla.** La sexta: dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es

---

<sup>3</sup> Cf. *Imitación de Cristo* 3, 6.

en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.

Regla muy del **espíritu de valentía y generosidad de San Ignacio**, aplicación del «**haciendo contra**» del reino de Cristo [95], del «**no sólo se avece a resistir al adversario, más aún a derrocallo**» [13], de la anotación 13ª del «**haciendo el opósito per diametrum**» [325], y del «**hacer per diametrum contra la tal tentación**» [351].

Acá se ve todo el espíritu caballeresco de San Ignacio. Esto no es para flojos; esto es algo que supone un valor no ordinario y un temple de alma nada vulgar. Es muy fácil de explicarlo, pero es muy difícil [hacerlo]; porque lo que está diciendo San Ignacio es que, justamente, en ese momento de máxima debilidad y de oscuridad, tengo que hacerme fuerza e ir en contra de lo que el mal espíritu me está inspirando. Pero, justamente, ese es el peor momento para ir en contra porque estoy débil; es el momento donde todo mi ser me inclina hacia, simplemente, dejarme llevar y abandonar todo.

Lo primero que San Ignacio nos decía en la regla anterior, es no mudar propósito; seguir en la misma dirección; y, ahora, ajusta un poco más, que es el modo de San Ignacio -que lo van a experimentar, especialmente, en la Segunda Semana- como siempre ajusta el alma y la sigue ajustando. Le da más motivos para que se dé cuenta que no es tan fácil escaparse de lo que Dios quiere, quedarse en buena conciencia. Siempre por la gracia de Dios, pero quiere que pongamos nuestros poquitos medios con toda la fuerza que podamos.

Lo que en la Sexta regla se nos enseña, es **una práctica eficacísima** para conmovier el corazón de Dios a nuestro favor y poner en fuga al enemigo. Cuando el Señor nos ve luchar a brazo partido en ese momento donde nos parece que estamos vencidos, tarde o temprano Él vendrá con Su ayuda; es un momento muy propio para mostrar puro amor a Dios cuando todo nuestro ser nos inclina para el otro lado.

Gran método para sacar provecho de la desolación: fácil de entender, aunque muy difícil de practicar, pues supone **valor no ordinario y temple de alma nada vulgar**.

Ejemplo práctico de él, nos dio Jesús en el Huerto cuando «*entrando en la agonía oraba con más intensidad*». (**Lc 22, 44**)

Lo ejercitó también San Ignacio, en Manresa, aunque no de manera imitable, pues lo ejercitó en grado heroico, sin la prudencia con que lo hubiera hecho de haber acudido a un experimentado Director.

### **Mudarnos contra la desolación**

San Ignacio pone algunos Ejercicios en los que podemos practicar la táctica que indica, y son bien principales:

a) Instar más en la oración, como el Señor en el Huerto, y recordemos que no es cosa fácil, según nos lo advertía ya el Santo en la anotación 13ª, «**como en el tiempo de la consolación es fácil y leve estar en la contemplación la hora entera, así en el tiempo de la desolación es muy difícil cumplirla**».

b) «**en mucho examinar**», gran medio para llegar a conocer las causas y origen de la tal desolación y así acertar mejor con el más adecuado remedio. Debemos inquirir la causa de la desolación sirviéndonos para ello de la regla 9ª para, hallada la raíz, poner el remedio más conveniente y eficaz.

c) «**alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia**», teniendo en cuenta la complejión y fuerzas del ejercitante, recordando que uno de los fines de la penitencia exterior, que en la adición 10ª nos indicaba San Ignacio, era el lograr lágrimas de contrición o de devoción.

Esto realmente muestra el temple del alma, y hay que pedir en la oración al Señor con insistencia Su ayuda; esto no es simplemente un Ejercicio de nuestra propia voluntad, - pobrecita, tan flaquita, sola e indefensa-. Para hacer algo de este nivel de gran heroísmo, necesitamos la particular gracia del Señor y hay que pedirla.

[320] 7ª regla. La séptima: el que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dexado en prueba en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el qual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta; porque el Señor le ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole tamen gracia suficiente para la salud eterna.

En las dos precedentes, San Ignacio ha procurado esforzar, fortalecer, la voluntad; en ésta y las siguientes, ilustra el entendimiento, exponiendo la recta noción de la desolación para que se convenza que no hay nada en ella que no sea santo y no se pueda aprovechar para nuestro bien, y así rechace el alma toda desconfianza en la bondad divina y todo desaliento y se decida a luchar por permanecer fiel, persuadida de que para ello tiene ayuda suficiente de Dios, aunque le falte la sobreabundancia de la dulzura de la consolación.

Dos cosas hacen al hombre pusilánime, que lo hacen débil: la persuasión de su **impotencia** y el creer que Dios lo **abandona**. Y ambas se engendran fácilmente en la desolación que oscurece nuestra fe, debilita nuestra confianza y desvirtúa nuestro valor; el desolado se juzga impotente y olvidado de Dios.

San Ignacio, para acudir al remedio de este mal, le presenta tres consideraciones eficacísimas:

1) Piensa «**cómo el Señor te ha dejado en prueba**»; **no es abandono**, sino que es prueba que **el Señor permite** para su gloria y provecho del que la sufre.

Lo diga el Santo Job, lo diga el Santo Tobías a quien el Arcángel Rafael dijo: «*Y por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la aflicción te probase*» (**Tob, 12, 13**). El Libro del Eclesiástico dice: «*Quien no ha sido tentado, ¿qué puede saber?*» (**Ecl 34, 9-10**). Nuestro Señor Jesucristo también dice: «*Mi Padre, al que lo ama, lo poda para que dé más fruto*» (**Jn 15, 1-2**).

Siempre éste movimiento que nos entristece, y que hace que perdamos el sentido de la vida sobrenatural proviene de un padre bueno que nos ama. Dios no puede querer el mal, nos está probando.

2) Que «**de ha dejado en sus potencias naturales para que resista**»; persuádase de que puede, que es principio de victoria. Por el contrario, la desconfianza que nos hace desesperar de nosotros mismos es comienzo de inacción y de derrota. Recuerde, pues, que «**puede, con el auxilio divino**». Pero el desolado piensa que le falta ese auxilio, y San Ignacio le recuerda una preciosa doctrina teológica.

3) Considera que **la gracia necesaria no es el fervor sensible que te falta**, sino otra que «**aunque claramente no la sientas**», porque el Señor «**te ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa**», y para ti está latente; pero la tienes y es «**suficiente para la salud eterna**». «*Que Dios es fiel y no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros*». (1 Co 10, 13)

[321] 8ª regla. La octava: el que está en desolación, trabaxe de estar en paciencia, que es contraria a las vexaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla.

Esto es obvio, porque no es una situación fácil la desolación. Es una de las crisis más difíciles del alma. Por eso, no queda otra que trabajar en paciencia usando todos estos medios que San Ignacio nos está enseñando. No puedo con mis propias fuerzas adquirir la consolación de nuevo. Un pensamiento que nos trae el demonio cuando estamos desolados, viene con la idea «esto no va a cambiar nunca; para siempre vas a estar en este modo». Como le dijo a San Ignacio cuando él estaba ahí en Manresa, haciendo grandísimas mortificaciones y siete horas de oración y había abandonado al mundo y hacía cosas para que lo traten de ridículo y de loco, el demonio le inspira y le dice: «¿Cómo vas a hacer para perseverar 70 años que te quedan de vida?» El demonio quiere que pensemos que esto que siento va a ser, sino para siempre, por lo menos larguísimo. Y, San Ignacio, con la ayuda de la inspiración de Dios, le dice: «Y tú, ¿puedes prometerme una hora de vida?».

San Ignacio nos dice en esta regla, «**piense que será presto consolado**», pronto el Señor va a venir cuando Él sabe que es el momento apropiado; no está en mí determinarlo. Tengo pecados que purgar, virtudes que engendrar o fortalecer y, ciertamente, que la desolación es un momento apropiadísimo para eso. El Señor en Su Bondad me da ese campo de batalla para que yo me ejercite; pero no me va a probar más allá de lo que yo puedo dar. Tengo que saber que el Señor vendrá de nuevo con la consolación.

[322] 9ª regla. La nona: tres causas principales son por que nos hallamos desolados: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se alexa la consolación espiritual de nosotros; la segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias; la tercera, por darnos vera noticia y cognoscimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación.

La primera causa por la que estoy desolado es por culpa mía: por ser perezoso, tibio o negligente. Cuando yo analizo el motivo de mi desolación, si encuentro que me he separado de

las prácticas que yo le había prometido al Señor, de las virtudes que quería practicar, de las renunciaciones que había hecho, si he querido recuperar las cosas que había entregado; ahí está el motivo de la desolación. La solución es, digamos, lógica: hay que retomar lo que le habíamos dado al Señor y, con eso, la desolación desaparecerá.

Ahora, muchas veces, uno analiza y dice «no veo ningún cambio en mi vida interior, no me veo tibio, no veo que se haya cambiado nada; pero sí siento toda esta tristeza y toda esta desolación en mí»; entonces, ahí San Ignacio dice:

La segunda, «**por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio**» sin pago. Lo que ya dijimos varias veces: el Señor quiere ver si estoy viniendo a buscar Su consolación o si estoy viniendo a buscarlo a Él. Por eso me visita con la desolación, para probarme y ver si lo sirvo, si lo amo, si le doy gloria, cuando Él no me paga al contado. El único modo que tiene de probar la rectitud de mi intención es quitar ese beneficio, porque, mientras lo tengo, somos tan egoístas por naturaleza, que corro el riesgo de estar buscando los beneficios de Dios, los consuelos de Dios, y no al Dios de los consuelos.

La tercera, dice San Ignacio, «**por darnos vera noticia y cognoscimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros**» la consolación. Cuando yo estoy desolado, tengo clara la experiencia que no viene de mí la consolación; porque haga lo que haga, no la voy a retener. Santa Teresa dice que sus monjas, habiendo tenido un poquito de consolación, no quieren ni moverse de la situación de que están en su banco para no perderla; como si fuese algo que yo lo puedo agarrar con mis manos y detener. Como somos un poco soberbios y creídos cada tanto, cuando estoy consolado puedo pensar que viene de mí porque yo hice algo bueno o tengo determinadas cualidades para estar consolado y, entonces, el Señor me quita la consolación y me muestra para que yo vea que no puedo y que no le robe la gloria a Dios. «**en cosa ajena no pongamos nido**», atribuyéndonos a nosotros las cosas que dependen del Señor y que son de Él.

Rápidamente, veremos las tres últimas reglas donde San Ignacio describe el modo, las tácticas, del demonio:

**[325] 12ª regla. La duodécima: el enemigo se hace como muger en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque así como es propio de la muger, quando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huída quando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la muger es muy crescida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huída sus tentaciones, quando la persona que se exercita en las cosas spirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el oppósito per diametrum<sup>4</sup>; y por el contrario, si la persona que se exercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crescida malicia.**

El demonio es una criatura de Dios y es como un perro con una soga, no se puede mover un milímetro más allá de lo que el Señor le permite. Cuando uno le pregunta a un

---

<sup>4</sup>oppósito per diametrum: lo diametralmente opuesto.

exorcista: «¿No le tiene miedo al demonio?»; todos los exorcistas que conozco responden lo mismo: «No; el demonio me tiene miedo a mí»; no al exorcista en cuanto a persona pero al poder de Dios que el Señor le da al exorcista. Al demonio no hay que temerlo, hay que enfrentarlo.

Tenemos el ejemplo de San Antonio: él se fue al desierto, estaba solo; imagínense una noche en el desierto, solo, en el medio de la nada y, como llevaba una vida muy penitente, el demonio lo perseguía de modo muy particular. Una noche, había toda una serie de monstruos y animales desconocidos haciendo grandes ruidos, rodeándolo en el medio de su soledad, y él se para ahí fresquito delante de todo eso y dice: «Si Dios les dio autorización para hacerme daño, bueno, vengan y cómanme; pero si no, ¿por qué hacen tanto ruido?». Después de eso todo desapareció.

Lo que dice San Ignacio es, justamente, no temerle al demonio, enfrentarle, mostrarle rostro, mostrarnos fuertes con la fuerza de Dios no con la nuestra y, cuando uno hace el «*opposito per diametrum*», si el demonio me tienta a que yo sea soberbio, yo hago un acto de humillación. El demonio no es tonto y se dice que está perdiendo plata con esa técnica; entonces, se aleja. En cambio, si yo me hago como pollito mojado, chiquito, y creo que no puedo y le doy al demonio un poder que en realidad no tiene, sin la autorización de Dios, entonces lo hago, realmente, una bestia que es imparable.

Es clara la enseñanza de San Ignacio en esta regla: hacerle fuerza al demonio haciendo el «*opposito per diametrum*».

[326] 13ª regla. La terdecima: assimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una muger de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, quando la hija al padre o la muger al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente collige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, quando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas quando las descubre a su buen confessor o a otra persona spiritual, que conosca sus engaños y malicias, mucho le pesa: porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifestos.

Esto también es muy claro. Cuando hay algo que siento que no quiero decir, en dirección espiritual, por ejemplo, es lo primero que tengo que decir; obviamente en confesión con mucha más razón. En confesión, ocultar algo a sabiendas, es un sacrilegio. Pero muchas veces pasa, no en confesión, sino en el momento que uno, durante Ejercicios o en la vida normal, cuando está dando cuenta de su conciencia, está pidiendo auxilio o consejo, el demonio sugiere «no digas» esta parte. El sacerdote no te va a entender, es muy difícil de explicar; y vas a ver que te va a decir esto o lo otro; empieza a enredar nuestros pensamientos y nuestra mente para evitar que hablemos.

La aplicación es bien clara y concreta: abrir el alma; y si hay algo que no queremos decir, será lo primero que tenemos que decir.

[327] 14° La quatuordécima: assimismo se hace como un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes theologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.

El demonio nos conoce. No puede manejarnos interiormente pero, ciertamente, que nos ve, conoce nuestros pecados, conoce nuestras debilidades. San Ignacio dice que es como un caudillo que tiene que atacar un castillo; mira dónde está más débil y por él lo ataca.

Tenemos que saber que el demonio es mucho más sabio que nosotros y conoce esa parte y tenemos que esperar la guerra por ese flanco. Pero, justamente, como es el flanco más débil, es el que más nos cuesta. Imagínense que el castillo tiene una pared grosísima y enorme y yo voy a ir a poner un ladrillito, porque es bastante fácil; y del otro lado, tengo que cavar cimientos, y cavar cimientos es mucho más pesado de hacer, y me dedico a poner flores en esta parte del castillo en vez de cavar el cimiento que necesito; el enemigo va a entrar exactamente por ese lado. Tenemos que ser brutalmente claros con nosotros mismos y reconocer dónde hay que trabajar.

Ponemos un ejemplo:

Una persona con problemas de alcohol, termina sus Ejercicios y sus resoluciones dicen: ayudar al párroco a organizar la Capilla de Adoración Perpetua, pasear más al perro, y llamar más seguido a la abuelita que está sola y abandonada.

Hermosas resoluciones; pero, ¿dónde está el dejar de tomar? Muchas veces nos engañamos trabajando en cosas que no son las que más necesitamos. Por eso es importante conocer cuál es nuestro defecto dominante y apuntar exactamente hacia ese lugar que es, habitualmente, el que más cuesta y que es, habitualmente, por donde el demonio nos va a atacar.

Vamos a pedirle a San Ignacio y al Espíritu Santo inspiración para poder entender estas reglas y para poder aplicarlas en nuestra vida espiritual. Hay muchísima sabiduría escondida en estas reglas de San Ignacio inspiradas, ciertamente, por el Señor; no son de fácil aplicación, como dijimos. Necesitamos consejo pero, aunque sea, esta introducción nos puede dar una idea de cuáles son las cosas fundamentales. Es bueno leer y repasar las reglas, -los tienen en el Libro de los Ejercicios, a partir del número [313]-, buscando el consejo de alguien que sea versado en las cosas del espíritu.

Agradecemos a Nuestra Señora este tiempo que hemos estado juntos y le pedimos también, especialmente, su ayuda en esta batalla espiritual.

Avemaría.

San Ignacio de Loyola, ruega por nosotros.